

El lugar de los extremos: el paisaje urbano, los “otros” étnicos y los jóvenes de extrema derecha en Berlín oriental¹

Nitzan Shoshan

Resumen

Con base en trabajo de campo con grupos de jóvenes extremistas de derecha en las calles de Berlín, este artículo contribuye a los debates en torno a la derecha extrema europea al abordar a los sujetos de la investigación como incrustados plenamente dentro de la sociedad alemana y de la *eticización* de las identidades políticas. Argumento que la política de los jóvenes de extrema derecha depende de sentidos de lugar y de sensualidades de la alteridad que entretejen *estereotipificaciones* étnicas en las geografías de la diferencia de la ciudad multiétnica. Esta política hace referencia particularmente a una colectividad *eticizada* de “turcos” y “árabes”. A su vez, la negociación cotidiana de un nacionalismo racista y de un paisaje multiétnico por parte de los extremistas de derecha hace eco de debates europeos bastante más amplios sobre la inmigración y la tolerancia cultural. Esto borra las fronteras que ostensiblemente definen a la derecha extrema como un terreno político distinto. La mirada etnográfica revela cómo los ultranacionalistas viven con, en vez de resolver, las contradicciones de una política situada saturada de prejuicios, y cuestiona las aproximaciones convencionales al nacionalismo racista europeo, mismas que emplean categorías políticas abstractas.

Palabras clave: extrema derecha, espacio urbano, etnicidad, racismo, Berlín.

¹ El autor agradece el apoyo generoso proporcionado a este proyecto por parte de la Universidad de Chicago, el Social Science Research Council, el Hannah Holborn Gray Mellon Fellowship, y el fideicomiso Josephine de Karman. Este artículo me fue publicado originalmente en inglés bajo el título “Placing the Extremes: Cityscape, Ethnic ‘Others’ and Young Right Extremists in East Berlin”, *Journal of Contemporary European Studies*, vol. 16, núm. 3, 2008, pp. 377-391. Se republica aquí con el permiso de la editorial Taylor & Francis Ltd. Véase <http://goo.gl/v4AOxN>.

*Abstract***The place of the extremes: the urban landscape, the ethnic “others” and the extreme right youngsters in East Berlin**

Based on field work with groups of young rightwing extremists in the streets of Berlin, this article contributes to the debates about the European extreme right when aboarding the research subjects plainly embedded within the German society and of the ethnization of the political identities. It is argued that the politics of extreme right-wing youngsters depend on the senses of place and the sensualities of alterity which intertwine ethnical stereotyping in the geographies of difference of the multi-ethnic city. Particularly, this policy makes reference to an ethnicized collectivity of “Turks” and “Arabs”. In turn, the daily negotiation of a racist nationalism and of a multi-ethnic landscape by the rightwing extremists echoes the quite wider European debates on immigration and cultural tolerance. This erases the frontiers that ostensibly define the extreme right as a distinct political terrain. The ethnographic view reveals how the ultranationalists live with —instead of solving— the contradictions of a situated policy saturated with prejudices and questions conventional approaches to European racist rationalism, which use abstract political categories.

Key words: extreme right, urban space, ethnicity, racism, Berlin.

Un chico huesudo de veinte años con cabello corto y rubio y una actitud insolente, Sebastián,² pertenece a una pandilla que se reúne de manera rutinaria en una pequeña plaza pública ubicada en un vecindario de multifamiliares de la época de la República Demócrata Alemana (RDA), en las afueras surorientales de Berlín. Sebastián vive con su madre y subsiste con los pagos de un programa obligatorio de trabajo a cambio de la asistencia pública. Su vida diaria se desarrolla en gran medida en este vecindario, apodado *El Gueto* (*Ghetto*) en el distrito, por mostrar un empeoramiento socioeconómico rápido después de la reunificación. Pasa su tiempo en los departamentos de sus amigos o en las plazas públicas, o aquí, en La pequeña Estambul, un restaurante-bar local turco, donde él y sus amigos Danny y Klaus toman turnos en las maquinillas tragamonedas mientras nos sentamos a conversar en una tarde de agosto. Hurgando en su cartera, Sebastián me enseña una calcomanía electoral del Partido Nacional Democrático de Alemania³ (Natio-

² Todos los nombres en el artículo se han modificado para proteger la privacidad de mis sujetos.

³ El NPD es hoy el partido de extrema derecha más prominente en Alemania.

naldemokratische Partei Deutschlands, NPD) que está adherida al forro interior de la misma, y hace una breve pausa, como para cerciorarse de que yo entienda la cuidadosa provocación. La calcomanía, colocada con mucho esmero, más o menos resume sus compromisos políticos.

Unos tres meses antes, él y un amigo fueron perseguidos con “cuchillos de cocina” y vetados de entrar a La pequeña Estambul después de vandalizar y lanzar amenazas a sus dueños. Dichos incidentes se repiten de vez en cuando, pero invariablemente terminan con la renovación de relaciones amigables, según afirma Sebastián, intercambiando bromas con los meseros que sirven cervezas en nuestra mesa. Muy pronto pasamos a la política. Como suele suceder, la inmigración y los extranjeros ocupan el primer lugar en su lista de quejas: “Yo empezaría por prohibir y cerrar todos los negocios —declara—, pero más tarde o más temprano todos los extranjeros que viven aquí deberían irse del país”. Pregunto por qué, tomando en cuenta sus puntos de vista, él y sus amigos prefieren La pequeña Estambul sobre los restaurantes-bar “alemanes” más cercanos. “Uno simplemente se acostumbra —contesta—, y además —agrega en una confesión aún más sorprendentemente viniendo de un alemán ultranacionalista— la cerveza aquí sabe mejor”.

Sebastián y sus amigos navegan en un paisaje cambiante y heterogéneo donde, aun en El Gueto, deben vivir constantemente una proximidad inevitable con “otros” que perciben como amenazantes. Este dilema de los alemanes ultranacionalistas a principios del siglo XXI refleja a su vez procesos mucho más amplios que han reconfigurado las relaciones de alteridad en contextos urbanos, y que han replanteado tanto las visiones políticas como los hábitos cotidianos. Los observadores de la extrema derecha han documentado recientemente una proliferación drástica de modos de vida e identificaciones culturales conforme los ultranacionalistas incorporan modas que circulan globalmente (Staud, 2005; Schröder, 2001) Los debates acerca de estas transformaciones a menudo se han concentrado en los mecanismos y funcionamientos internos, las estrategias instrumentales de los actores “endógenos” tales como los productores culturales, los grupos organizados, los activistas o los políticos (Röpke y Speit, 2004; Brodkorb y Schmidt, 2002). Aunque dichos análisis han arrojado luz de manera provechosa sobre las estructuras organizacionales y las agendas políticas que han apuntalado las reconfiguraciones culturales en la extrema derecha, algunas veces han pasado por alto el profundo arraigo de los nacionalismos racistas en sus contextos sociales contemporáneos.

Lejos de ser esferas aisladas, los círculos de extrema derecha situados localmente representan un campo ambiguo y poroso y protagonizan un constante entrelazamiento con otros círculos igualmente difusos. Es como si en las

calle de Berlín Oriental las fronteras del extremismo de derecha⁴ se desvanecieran, y entre más se intenta fijar la mirada analítica sobre ellas, más se desvanecen: individuos y pandillas van y vienen, canciones neonazis legalmente proscritas se disfrutan junto a música abiertamente de “izquierda”; Will Smith recibe tanta veneración como Edward Norton; ofensores violentos se sientan junto a amigos de aspecto presentable; y los compromisos políticos formales van de la indiferencia desencantada hasta la militancia extraparlamentaria, del NPD o el Partido Alemán Unión del Pueblo (*Deutsche Volksunion*, DVU) hasta los demócratas cristianos (CDU), el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), o incluso el antiguo líder del Partido Verde, Joschka Fischer quien, después de todo, “también fue un *hooligan* alguna vez, ¿no?”⁵

Basado en investigación etnográfica con círculos de jóvenes extremistas de derecha en las calles de Berlín Oriental, mi objetivo en este artículo es contribuir a los debates en el campo del extremismo de derecha al aproximarme a estos fenómenos como incrustados de manera compleja tanto en la sociedad alemana como en procesos contemporáneos más amplios. En particular, me concentraré en la creciente proximidad a, y en los crecientes encuentros con, la alteridad en la cotidianidad urbana de Sebastián y sus amigos. Argumento que sus sentidos de lugar y sus sensaciones de la otredad tejen significaciones políticas acerca de los grupos étnicos en las geografías de la diferencia del tejido material de la ciudad multiétnica. Insertas en la etnicización y la culturalización contemporánea de la política y de la diferencia, las subjetividades ultranacionalistas en Alemania dependen de manera significativa de la figura singular de una colectividad etnicizada de “turcos” y “árabes”. Sus construcciones de esta alteridad encarnada se basan en modalidades somáticas —visuales, auditivas, olfativas— que suturan las narrativas estereotipificantes y dan forma al paisaje urbano. Mi análisis se basa en las aproximaciones semióticas de la antropología lingüística,⁶ las cuales revelarán el emplazamiento inherente de la alteridad encarnada y explicarán cómo

⁴ El concepto de extremismo de derecha constituye una noción políticamente cargada y contenciosa, que he examinado en detalle en otra parte (Shoshan, 2008) y aquí no tengo el espacio para elaborarla. La empleo como “una categoría local”, siguiendo su uso actual en la Alemania de hoy, en vez de como una categoría analítica. Para definiciones eruditas, véanse Butterwegge y Meier (2002), Schubarth y Stöss (2001).

⁵ A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 Fischer estuvo involucrado en choques violentos con las fuerzas policiales.

⁶ Influidos por el trabajo de Charles Peirce, estas aproximaciones conciben al lenguaje —o cualquier medio de significación— primariamente como una acción y un proceso completamente incrustado en contextos socioculturales, en vez de como mera comunicación o como un sistema abstracto de relaciones arbitrarias. En estos trabajos resulta crucial la clasificación peirceana de las relaciones de signos: iconos (significación por similitud), índices (significación por pro-

mo este emplazamiento incorpora una indeterminación constitutiva que permite la negociación de la proximidad cotidiana.

La perspectiva etnográfica muestra especialmente bien cómo en La Pequeña Estambul y en otros lados, los ultranacionalistas viven con, en lugar de resolver, las contradicciones de una política intolerante. Al hacerlo, ilumina los límites de las aproximaciones convencionales a los nacionalismos racistas europeos que emplean categorías abstracto-conceptuales. Como discutiré al final del artículo, la negociación de un nacionalismo racista y un paisaje multiétnico entre los extremistas de derecha emula e imita debates alemanes y europeos mucho más amplios sobre la inmigración y la tolerancia cultural. Esta reproducción de los idiomas de las corrientes “principales” abre una brecha en las supuestas fronteras que ostensiblemente definen a los extremistas de derecha como una clara colectividad política.

Paisajes de la otredad

Algunos autores han notado transformaciones contemporáneas en los procesos de producción de identidades a través del mundo. Por un lado, estos cambios han estado ligados a reconfiguraciones en los regímenes de producción, consumo y mercadotecnia en el periodo del postfordismo o el capitalismo global (Friedman, 2003; Harvey, 2001). Por otro lado, en décadas recientes se ha sido testigo de transmutaciones drásticas en los idiomas de esencialización a través de una amplia etnicización de la política⁷ (Alonso, 1994; Hale, 2005). Alrededor del mundo, la alteridad étnica ha sido enfrentada como la encarnación material de procesos abstractos de capitalismo global, a veces con consecuencias brutales (Comaroff y Comaroff, 2001; Holmes, 2000). A lo largo y ancho de Europa el terreno político se ha realineado en torno al tropo de la inmigración, y más precisamente en torno a un cúmulo de estereotipificaciones de las minorías étnicas islámicas (Bunzl, 2005; Asad, 2003). Mientras tanto, ya se trate de una discriminación institucionalizada o de una intolerancia espontánea, el racismo ha sido reelaborado en términos culturales (Pred, 2000).

De nuevo en La pequeña Estambul, Danny señala al personal turco mientras se queja de “las culturas extranjeras”. Para él y otros extremistas

ximidad), y símbolos (significación por convención) (véanse Parmentier, 1994; Peirce, 1960; Silverstein y Urban, 1996).

⁷A pesar de sus pretensiones esencializantemente ontológicas, me aproximo a la etnicidad como un producto y una construcción de nuestro tiempo, y como un reclamo político en vez de como una categoría descriptiva (cf. Brubaker y Laitin, 1998; Tambiah, 1996; Calhoun, 2007).

de derecha con quienes llevé a cabo mi trabajo de campo, la inmigración aparece indudablemente como el horizonte político más sobresaliente, mucho más allá del recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, el eclipse de la teoría y práctica del asistencialismo, o las teorías conspiratorias judías. Para la mayoría, la inmigración proporciona la mismísima vara de medición por medio de la cual se evalúa la diferencia política. “Los izquierdistas están en pro de los extranjeros y los derechistas están en pro de los alemanes”, esto es, por mucho, la representación más común del espectro político. Karl, un joven de 18 años que personificaba la apropiación por la extrema derecha de identidades populares de consumo y que pertenecía a una pandilla social políticamente organizada, declaró que:

Izquierda y derecha no significan mucho [...] la izquierda está contra el Estado y la derecha está contra el Estado, sólo que la izquierda está contra la derecha porque la derecha está contra los extranjeros pero la derecha al mismo tiempo está contra la izquierda [...] de hecho son lo mismo, de diez opiniones ambos lados tienen solamente una [esto es, la inmigración] que difiere, pero de otro modo son lo mismo.

La noción de que los trabajadores ociosos abusan de los recursos del Estado benefactor obsesionaba el mundo de Karl: “del 100% de los extranjeros uno puede realmente sacar al 95% porque, bueno, [solamente] el otro 5% quiere trabajar y lograr hacer algo aquí”. La opinión de Karl sobre la Unión Europea (UE) era sorprendentemente positiva; sin embargo, éste expresaba dudas acerca de su visión expansionista, mismas que básicamente se centraban de manera singular en la solicitud de membresía por parte de Turquía. Karl presentaba sus objeciones en un lenguaje económico (“solamente los países que son útiles deberían ser incluidos”), a partir de criterios geográficos (“Turquía en su mayor parte no está directamente en Europa”), y a través de los estándares de los derechos humanos (“ellos todavía practican la lapidación [...] y la pena de muerte”). Sin embargo, el subtexto que evidenciaba su posición salía fácilmente a la superficie: “si Turquía se vuelve parte de la UE entonces cualquiera podría viajar cuando quisiera y entonces por supuesto todos se vendrían a Alemania [...] y de por sí ya cada vez más [turcos y árabes] están llegando constantemente”. La amenaza que una posible entrada de Turquía a la UE implica para Karl y para sus amigos encuentra sus raíces no en criterios económicos, geográficos ni de derechos humanos abstractos, sino en percepciones situadas de un aquí y ahora étnicamente heterogéneo.

La plática constante acerca de los “extranjeros” y los “inmigrantes” expresa una diferenciación cuidadosa de estereotipos étnicos. En el universo

de Karl, “los chinos⁸ son callados y siempre trabajan duro”, mientras que los rusos “también trabajan bien [...] por lo general en sitios de la construcción, porque ellos son más fuertes naturalmente”, y los africanos también son muy trabajadores y tranquilos. Sus arengas acerca de los extranjeros resultan estar dirigidas a la población étnicamente marcada del Medio Oriente: “por lo general en realidad son estos turcos y árabes los que no trabajan —dice— [quienes] están todo el día fuera de sus casas [...] siempre provocando problemas, como robar a la gente o amenazar o acuchillar a la gente”. Para los alemanes de extrema derecha hoy en día, la otredad etnicizada del Medio Oriente se ha convertido entonces en el elemento crucial de sus identificaciones políticas.

Paisaje urbano y las modalidades somáticas de la alteridad

Karl y sus amigos enfrentan a esta población como un grupo no diferenciado identificable somáticamente a través de criterios sensoriales. En la actual “ciudad étnica” capitalista (Low, 1996), las fronteras corresponden a relaciones de diferencia que son negociadas en situaciones cotidianas de proximidad a través de sensibilidades perceptivas. Los regímenes visuales definen una semiótica encarnada de identificación que incluye no solamente señales manifiestas, como el color de la piel, sino también la arquitectura de los comportamientos corporales, la estilística de la moda o la percepción estereotipada de la higiene. La comida sirve como un tropo que organiza los índices sensoriales del sabor y el olor, los cuales emplazan las alteridades en sitios específicos del espacio urbano. Las sensibilidades auditivas territorializan la otredad a través de los tropos de la lengua extranjera, la música desconocida y los sonidos peculiares.

El trabajo somático de diferenciación en la proximidad se lleva a cabo aun en las áreas relativamente homogéneas donde llevé a cabo mi trabajo de campo. El vecindario de Karl, conocido como Joannisthal, por ejemplo, se encuentra en el corazón del distrito y a menudo ha sido caracterizado como una “zona de miedo”⁹ por parte de grupos de inmigrantes, ONG antirracistas y organizaciones antifascistas. Sin embargo, en el parque público las miradas de los extremistas de derecha que se congregan regularmente alrededor

⁸ Una etiqueta con la cual él y muchos otros designaron a una población del Este de Asia conformada sobre todo por inmigrantes de origen vietnamita que llegaron a Alemania del este como trabajadores y permanecieron después de la reunificación.

⁹ En Alemania se ha usado la expresión “zonas de miedo” para designar a las áreas que se perciben como especialmente marcadas por violencia de extrema derecha y por ello particularmente amenazantes para grupos de víctimas potenciales.

de las bancas con frecuencia se encuentran con mujeres musulmanas con la cabeza cubierta paseando por el parque. La avenida central del vecindario está salpicada de negocios que incorporan una variedad de índices etnicizados a la experiencia local del consumo y del ocio mercantilizado. Las fronteras se materializan fugazmente en los encuentros arbitrarios de la cotidianidad urbana y después se disipan, por ejemplo en nodos del tejido urbano, como las paradas de los autobuses o los tranvías. La presencia de un par de personas —con apariencia de provenir de Medio Oriente— en una parada de camión, sólo de manera excepcional provocaría algún comentario verbal. Pero el observador sensible no dejaría de identificar las miradas cambiantes de los transeúntes que, en su propia apariencia externa (por ejemplo vía un atuendo de *skinhead* derechista) irradia una identificación de extrema derecha.

Uta ilustra bien el tejido somático de un paisaje urbano etnicizado. Antes miembro del círculo social de Sebastián y sus amigos en El Gueto, a los 21 años Uta se había mudado a otro sitio con su novio. Su desafío más apremiante consistía en pagar deudas de tiempo atrás y mantener un presupuesto equilibrado con base en los magros pagos que ella y su novio recibían de los programas de capacitación vocacional subsidiados por el Estado, una tarea desafiante que exigía infinitos y prolongados encuentros burocráticos. La inmigración, las fronteras abiertas de par en par y los extranjeros que abusan del sistema de bienestar social encabezan su lista de preocupaciones políticas. También para Uta “la inmigración” condensa una colectividad étnica particular: según ella el resto de los grupos inmigrantes “no son tantos [...] no hay sobrepoblación (*übersiedelt*) y no está tan mal, pero especialmente aquellos turcos y árabes y todo eso, todo lo que es de este tipo (*Sorte*), y que está sobrepoblado, ya de plano es demasiado”. Muy cerca de la inmigración está la criminalidad, sus niveles intolerables desde su punto de vista proceden de la indulgencia jurídica y las prisiones lujosas. Para ella la inmigración y la criminalidad convergen de manera conveniente en la figura del “extranjero criminal” como la encarnación de los males de Alemania.

En la imagen de Uta acerca del Estado se revela un profundo sentido de sesgo institucionalizado a favor de los “extranjeros” y contra los “alemanes”: “A veces a uno lo tratan como si fuera el último pedazo de porquería [...] demasiados extranjeros no es bueno [...] esto no se ve en ningún otro lado [...] pero aquí quieren darle todo a los turcos en bandeja de plata y todo se les debe proporcionar”, refunfuñaba. Uta se quejaba de que los “extranjeros” ociosos obtenían fácilmente cantidades excesivas de dinero de parte del Estado, mientras que los “alemanes” muy trabajadores como ella tenían que navegar a través de obstáculos burocráticos para satisfacer sus necesidades básicas; o que una disputa menor le mereció un duro castigo poco

usual según su punto de vista, mientras que actos violentos, como el tráfico de drogas, realizados por los turcos, exconvictos por múltiples crímenes, recibían sentencias injustificadamente indulgentes. Se sentía ofendida por el financiamiento público para las mezquitas y expresaba una ira particular hacia los inmigrantes que no podían dominar el alemán y por consiguiente, de acuerdo con ella, se generaba discriminación contra los alemanes nativos en el mercado de trabajo, donde los patrones favorecían cada vez más a los trabajadores multilingües.

A lo largo de varias historias, Uta narró experiencias de fricción cotidiana con “turcos y árabes”: una reyerta en un centro comercial, amenazas en un seminario antiviolencia ordenado judicialmente, o incidentes en la escuela vocacional (apuñalamientos, acoso por los compañeros de clase, música turca ruidosa y conversaciones que obstaculizaban sus estudios). Al igual que Karl, Uta evitaba áreas de la ciudad que percibía como excesivamente extranjeras. Sus narraciones conforman representaciones discursivas o “sintaxis espaciales” (De Certeau, 1984) del paisaje urbano que autorizan una geografía de la alteridad. Las escuelas a las que asistió, su seminario antiviolencia o el centro comercial marcan las áreas de la ciudad como étnicamente diferentes y, de forma inseparable, peligrosamente amenazadoras. Esta territorialización de la diferencia está imbricada en, y generada a través de, una red de modalidades somáticas que incorporan la alteridad a las cosas materiales:

Una amiga mía vive también en Neukölln y me alegra tener que caminar solamente 5 minutos [desde la estación del tren] hasta su casa y lo mismo de regreso, y eso está bien, pero nunca viviría allí, nunca, apesta horrible, cuando entras al pasillo del edificio algunas veces huele a ajo, algunas veces huele a rancio, y aquí no apesta tan feo, tal vez nosotros cocinamos con diferentes especias, es posible, pero los turcos, ay no, hasta cuando caminas por la calle cada lugar donde preparan *kebabs* (brochetas) huele de manera diferente.

Estas evocaciones sensoriales de la otredad se repiten entre los grupos con los cuales realicé mi investigación. Karl, por ejemplo, se quejaba de que:

Hay muchos [alemanes] que comienzan a hablar como ellos hablan, hacen sonidos raros como ts ts [clicks de la lengua], estoy seguro que conoces el ruidito [...] ts ts, ellos siempre hacen eso después de cada palabra, muy extraño. O inventan su propio dialecto, ese turco-alemán (*turkdeutsch*), que es bastante espantoso.

La otredad lingüística en particular parece articularse con percepciones de la discriminación institucionalizada, como ilustra el caso de Ole. Alto,

corporalmente grande y vestido a la moda de los *hooligans*, Ole, de 19 años, estaba terminando su entrenamiento vocacional para ser un electricista. Su limpio historial parecía estar en desacuerdo con su estilo de vida. Ole era integrante de una geografía violenta que cultivaba un *habitus* no violento, por lo que al tiempo incitaba y subvertía clasificaciones genéricas. En una excusa universalmente familiar del racismo, Ole citaba sus relaciones con colegas “extranjeros” en su programa vocacional y con el vendedor local de *kebabs*. Buscaba atemperar el trasfondo racista de sus quejas acerca de la política migratoria de Alemania y los vicios de los inmigrantes en el país por medio del repudio a la hostilidad frente a los extranjeros que trabajan, pagan impuestos y hablan alemán. De este modo, Ole despliega estrategias comunes para negociar el nacionalismo racista y un día a día heterogéneo: igualar “extranjeros” con la colectividad étnica del Medio Oriente, postular una distinción moral entre inmigrantes útiles y parásitos, suspender las convicciones políticas en las relaciones individuales en el ambiente inmediato, y al mismo tiempo evocar tropos de violencia, criminalidad, ociosidad y abuso del sistema de seguridad social con matices étnicos.

La más grave preocupación de Ole giraba en torno a la alteridad lingüística, un problema que articulaba a través de encuentros en escenarios institucionales de la burocracia estatal (por ejemplo, oficinas de empleo o de la seguridad social) donde la gente “debería ser capaz de hablar alemán y no con sus manos y pies, porque muchos van allí y [con] ‘Yo no entender’ consiguen [lo que quieren]”. Las palabras extranjeras, las expresiones incorrectas, los gestos corporales y la incapacidad para hablar alemán de manera fluida en instituciones que gobiernan la distribución de recursos públicos le parecían permitir un acceso injusto y abusivo de estos recursos.

Los signos auditivos se entrelazaban con los marcadores visuales de la otredad en su percepción del paisaje urbano: “[Me disgusta Neukölln] primero por el alto índice de extranjeros, muchas pandillas juveniles que no son de origen alemán [...] y también porque mucho [de allí] está dilapidado. También veo un montón de pobreza, y eso no es agradable”.

Los marcadores visuales de la alteridad encarnada se entrelazan aquí con una estética de la forma urbana, de tal manera que se asocian la inmigración, la criminalidad, la pobreza, la fealdad y el peligro. Para Ole no están en juego experiencias negativas concretas, sino un ordenamiento perceptivo-estético de fronteras inmateriales y a la vez claramente evidentes: “[no es que] haya sido asaltado o acosado, lo que por supuesto puede suceder en cualquier parte, es sólo que para mí allá hay una frontera que no me gusta cruzar”. La diatriba de Ole acerca de “Alemania asilo-refugio” (*Asylheim Deutschland*) básicamente tiene que ver no con códigos legales, políticas gubernamentales

o medidas estadísticas del influjo de inmigrantes y refugiados, sino con cómo los últimos aparecen al “ciudadano común”:

Está bien que la gente venga, pero esto puede ser llevado demasiado lejos [...] no debería estar abierto para todo mundo, lo cual es de alguna manera lo que nos parece ahora mismo, aun si la ley prescribe algo más o dice algo más o igualmente con las estadísticas, pero sin embargo para la gente en la calle se ve de manera diferente.

Arraigada en la experiencia cotidiana y articulada a través de modalidades somáticas, la percepción de Ole sobre la alteridad depende de cómo la presencia extranjera “se ve para nosotros”, cómo se ve para “la gente en la calle” —no cómo piensa “la gente en la calle”, sino literalmente cómo lo percibe de manera tangible—.

La configuración espacial de la extrañeza

Para Ole, Karl y Uta, la geografía de la alteridad cobra vida a través de las visiones, los sonidos y olores que permean la ciudad y que se fijan a sitios tangibles en el paisaje físico: calles, vecindarios, oficinas de la burocracia estatal, escuelas vocacionales, restaurantes, centros comerciales y así sucesivamente. Estas modalidades sensoriales entretrejen en su imaginación de sitios particulares una extrañeza que a su vez aparece como una cualidad inherente de la materialidad de los mismos. Su territorialización de la alteridad opera a través de una compleja articulación de regiones, sitios, fronteras y circulaciones que generan ordenamientos espaciales en capas múltiples.

A veces esto aparece como una clasificación relativamente estable de territorios confinados. Por ejemplo, los distritos de Kreuzberg y Neukölln invariablemente emergen como la encarnación *par excellence* de la negatividad en el paisaje urbano. Como tal, reflejan la otra cara, no de los espacios familiares, sino de las fantasías acerca de ellos. De este modo, si bien impregnan los espacios familiares, los males que frustran dichas fantasías (los inmigrantes, el desorden, el deterioro, la criminalidad, la violencia, el desempleo, etc.) permanecen ajenos y encuentran su hogar natural en Kreuzberg y Neukölln. No obstante, la delimitación territorial de la extrañeza debe conciliar la porosidad inherente de las fronteras. Encontramos entonces averciones espaciales generalizadas en áreas percibidas como demasiado cercanas y por lo tanto ya contaminadas por Kreuzberg y Neukölln: “Treptowerpark

está [...] en las orillas de Kreuzberg, allí comienza a venir la gente extraña, que se ve diferente”, dice Karl.

Esta infusión contaminante a su vez refleja un imaginario geográfico aún más impreciso que depende de un ordenamiento elusivo del este-oeste de la ciudad. Kreuzberg y Neukölln se distinguen aquí no solamente como espacios negativos particulares, sino también, de manera más amplia, como emblemáticos del oeste. La domesticación de la extrañeza a través del encerramiento espacial se vuelve en este punto altamente precaria, porque la territorialización del este y el oeste carece incluso de una apariencia de fronteras en la cual basar su valencia. La frontera política alguna vez rigurosamente marcada por el Muro de Berlín se ha evaporado en una geografía etérea y nebulosa. Su curso preciso es un misterio para virtualmente todos los jóvenes que conocí durante mi investigación. Por lo tanto, la distinción entre el este y el oeste toma una variedad de contornos diferentes que territorializan la seguridad y el peligro, la familiaridad y la extrañeza, la comodidad y el desasosiego. Invariablemente, los cortes que trazan caen hacia el este de donde estuvo alguna vez el Muro, pero que tan lejos varía considerablemente. Para algunos, distritos “orientales” como Mitte, Prenzlauer-Berg o Friedrichshain se han vuelto de facto indistinguibles del oeste. Para muchos la frontera este-oeste resurge dentro de su propio distrito, trazando una recursión fractal (Irvine y Gal, 2000) del idioma geográfico a través del cual imaginan el paisaje urbano más amplio.

Axel era un jovencito inofensivo, bien presentable, de 16 años cuando lo conocí. Sin embargo, no mucho tiempo atrás era una figura clave en la escena local de los extremistas de derecha militantes y organizados. En sus relatos del paisaje ciudadano, Neukölln aparecía como un corazón de las tinieblas cuyos males se movían centrífugamente hacia el oriente, a los paisajes de su propio universo. A su manera de ver, los bordes occidentales de su distrito, adyacente a Neukölln, se habían vuelto un nido de “gente del Guetto” y de extranjeros violentos. Pero estas influencias contaminantes se habían infiltrado más lejos, hacia su propio vecindario, Johannisthal:

Últimamente veo en Johannisthal demasiada gente dando vueltas que crean problemas [...] que provocan y acosan a la demás gente en las calles [...] [son] jóvenes pendencieros que piensan que son jóvenes *gangsters*, como por ejemplo piensan que vienen del Bronx en Estados Unidos, piensan que tienen que crear un gueto aquí en Johannisthal.

Las fronteras en la geografía urbana aparecen como interfaces para los flujos más que como límites restrictivos. Las sustancias que filtran, por así decirlo, se diluyen mientras que se alejan de su origen, como la progresión

en cascada de la extrañeza desde Neukölln hasta Johannissthal. Para Elsa, una aficionada a la mitología germana, y que estaba íntimamente ligada tanto a los círculos de extrema derecha organizados como los no organizados políticamente, estos flujos se han filtrado mucho más allá. Presionada por sus padres, buscaba mudarse de su departamento a uno propio. Su minuciosa búsqueda de departamento dibujaba una gradación progresiva de extrañeza esparcida a través del distrito. Su visión de lo que era su vecindario natal temporalizaba el espacio como en un proceso de contaminación continua. Antiguamente un área tranquila y silenciosa, decía, el área se había degenerado conforme había absorbido gradualmente el espíritu de Neukölln, con el que colindaba hacia el oeste. La violencia, el crimen, y las “malas personas” (léase, personas con apariencia de provenir de Medio Oriente) se habían vuelto preponderantes. Esta incesante propagación de la extrañeza hacia el este la había dejado con cada vez más escasos y más distantes lugares de refugio. A pesar de la lejanía, su infraestructura de transporte público muy inferior, y su más escasa oferta de consumo y entretenimiento, Elsa mostraba interés solamente por los barrios orientales del distrito, y entre más al este se encontraban más parecían gustarle.

La fluidez del ordenamiento de la alteridad este-oeste se reveló de manera contundente durante una mañana excepcionalmente tórrida mientras —fuera del kiosco de la estación de trenes, justo en el perímetro suroeste de este distrito suroriental— paseábamos Sylvia, Robert, Meier, Norman y Martina, todos de alrededor de 20 años, y Michael y Kurt, uno cercano a los 30 y el otro de alrededor de 35. El área de la estación servía como un nodo de transporte y consumo en este tranquilo vecindario residencial. Una cabaña de madera que alojaba una tienda debajo de las vías elevadas constituía una institución local para varios grupos: los clientes más veteranos, desempleados desde tiempo atrás, se sentaban en las mesas de afuera ya avanzada la mañana; los pasajeros se detenían regularmente a beber algo para marcar la separación entre el trabajo y el descanso; hacia el final de la tarde, algunos grupos de adolescentes y de adultos jóvenes de géneros mixtos se congregaban aquí. No tan injustificadamente, ese grupo le ha dado al kiosco la fama de ser una guarida de neonazis. Si ellos la habían transformado de una inofensiva cabaña de madera en un sitio de peregrinaje para jóvenes abyectos, el kiosco a su vez constituía en neonazis a aquellos que se reunían bajo su techo. Para muchos era de hecho donde se habían vuelto propiamente nacionalistas; un sitio políticamente formativo en sus ritmos cotidianos que mediaba la circulación de narrativas, la consolidación de solidaridades y la inculcación de un *habitus* particular, incluyendo las coordenadas de una geografía imaginada de la alteridad.

Esa mañana Michael, divorciado y padre de tres hijos, perdió su compostura alegre cuando Martina le reveló que su novia lo había estado engañando. Michael despotricó sobre sus infortunios con las mujeres, alabó su cumplimiento con los deberes paternos y finalmente se quejó de los peligros de criar niños en el ambiente social peligroso de hoy, apuntando al generalizado tráfico de drogas como algo particularmente preocupante. Aquí intervino Kurt, un desdentado, flaco y bastante descuidado asistente regular al kiosco, y que años antes se había reubicado desde Berlín a una ciudad satélite a pocas paradas del tren, hacia el campo de Brandeburgo. Kurt describió haber abandonado la ciudad como una especie de exilio, una fuga hacia el este desde las aficciones del oeste que se han colado incesantemente a paisajes otrora familiares, pero que se han metamorfoseado en lugares ajenos. Esta esquina suroriental del distrito más suroriental de Berlín marcaba para él una última frontera, el borde occidental de su universo. Lo que había más allá se materializaba como irredimible e insufrible, atravesado por males y sobrepoblado de inmigrantes.

Movimientos de cabeza asintiendo respondieron a su valoración y siguió un intercambio acerca de la inutilidad, la criminalidad y la dependencia del bienestar de una población sobrecrecida de inmigrantes. En esta entextualización interaccional (Silverstein, 1997) de espacio (un ordenamiento este-oeste), de tiempo (deterioro e invasión insidiosa), y de diferencia (mujeres, inmigrantes), la geografía y la temporalidad se entrelazan con, y se unen a, males sociales perjudiciales: criminalidad, desempleo, drogas ilegales, violencia, dependencia e infidelidad.

Fronteras e identidades

La territorialización de la diferencia en el paisaje urbano sigue por tanto un esquema universal, al tiempo que revela contornos irregulares. Sin embargo, ¿cómo debemos conceptualizar la relación entre formas encarnadas de la diferencia y de su territorialización en el paisaje urbano? ¿Están determinadas, por decirlo así, externamente a su configuración espacial, y a su vez generan límites que reflejen sus flujos a través del paisaje urbano? O si las formas espaciales ya se insinúan en su proceso de gestión, ¿cómo están constituidas? Dichas cuestiones aparecen particularmente espinosas en el caso de la alteridad encarnada, cuya corporalidad le otorga una fuerza irresistible e irreprimible (Fanon, 1967) que la *reifica* como presencia material. La facticidad de las sensibilidades somáticas concede a la alteridad encarnada una compulsión ontológica que pareciera preceder cualquier determinación espacial.

Entre la bibliografía antropológica se ha explorado la relación entre identidades y contextos, y escritos recientes se han abocado de manera especial a las formas en que los nuevos regímenes de legibilidad han generado nuevas incertidumbres e inspirado conflictos étnicos. Thomas Hansen ha descrito la nominación, en Mumbai, como un acto de fijación que a la vez produce identidad étnica y depende de su indeterminación, una lucha para estabilizar el escenario huidizo dentro del cual se desenvuelven identidades indefinidas (Hansen, 2002). Allen Feldman ha argumentado que una historia de deshacer las mezclas, una división étnica espacializada del trabajo, una interfase de barreras físicas y territorialización de la muerte ofrecen en conjunto un marco interpretativo para actos concretos de “identificación” en Belfast (Feldman, 1991). En ambos casos, la alteridad étnica se encarna a través de la estabilización de determinaciones contextuales. Arjun Appadurai ha insistido en que nuevos órdenes de indeterminación plantean al cuerpo étnico como el sitio y blanco de técnicas “de disección” brutales que buscan domesticar su creciente inestabilidad, produciendo cuerpos personificados a partir de abstracciones a gran escala de un presente rápidamente globalizante (Appadurai, 1998). Por el contrario, Jonathan Friedman ha observado el conflicto étnico actual como relacionado principalmente con fronteras crecientemente esquivas, en una lucha sobre la cual la violencia se dirige a los otros reconocibles con el fin de la erradicación y no de la identificación (Friedman, 2003).

Parece, de hecho, que las relaciones antagonicas entre colectividades etnicizadas toman una pluralidad de formas dependientes del contexto con grados variables de ambivalencia acerca de los límites y las identidades. Sin embargo, yo argumentaría que no obstante su veracidad aparente, el encuentro con la alteridad encarnada siempre conlleva una ambigüedad inherente que sólo puede ser domesticada tentativamente a través de una dialéctica situada de cuerpo y escenario. Para poder entender por qué esto es así, permítaseme en este punto considerar dos momentos de la constitución social de la alteridad encarnada como una forma de la diferencia. Para empezar, antes de que encontremos marcadores corpóreos particulares como alteridad, éstos deben ser movilizados como significantes de la otredad y hacerse perceptibles a nuestras sensibilidades somáticas. Los chasquidos de lengua de los que Karl se queja o los olores que molestan a Uta emergen dentro de procesos mediados socialmente como significantes de una alteridad inconmensurable, mientras otras diferencias permanecen imperceptibles o carentes de significado para ellos. Pero en segundo lugar, la construcción de alteridad encarnada reposa sobre procesos semióticos de estereotipificación insertos en relaciones sociales desiguales, a través de las cuales los marcadores concretos, como significantes, se adhieren a significados particulares. En la constitución de

esta relación indexical icónica (*indexically iconic relation*),¹⁰ las apariencias se colapsan en la esencia y toman la forma de una materialidad somática inmediata. No obstante, la vinculación semiótica de marcadores corporales (como significantes) y tropos estereotipados (como significados) sigue siendo un proceso poco claro, socialmente mediado y basado en el contexto.

La supeditación al contexto de la alteridad encarnada como la representación de una relación indexical icónica implica que la estereotipificación depende de interpretaciones situadas y algunas veces interaccionales que invocan nociones de lugar, sentidos del tiempo e ideologías de la diferencia. Por ello, más allá de frenar la impresión racista de sus proclamaciones acerca de los inmigrantes, la descripción de Ole de su relación amistosa con su vendedor de *kebabs* imitaba una articulación cronotópica (Bakhtin, 1998) particular del tiempo (horas de trabajo), el lugar (el comedor turco) y los roles sociales (una división étnica del trabajo). Para muchos extremistas de derecha, este cronotopo define la alteridad “del Medio Oriente” como bienvenida detrás del mostrador de un puesto de *kebabs*, donde, por decirlo así, se integra al paisaje de manera armoniosa.

Durante la conversación acerca de los inmigrantes en la tienda de la estación de tren, Martina hizo referencia al dueño bengalí de una fonda barata del otro lado de las vías del tren, para plantear una distinción respecto de los que abusan del sistema de bienestar y aquellos que trabajaban y pagaban sus impuestos. Al hacerlo, dio voz a la valoración social darwinista de la alteridad, una forma de racismo generalizada entre extremistas de derecha y supeditada a concepciones de lugar, tiempo y actividad. Cuando Karl contrasta al vietnamita honesto que “uno ve por todas partes durante el día pero [no] afuera en las noches” con los turcos parásitos que “están afuera todo el día”, su distinción involucra un límite temporal (el día de trabajo) que define la alteridad, ya sea como virtuosa o criminal. Al mismo tiempo, Karl proclamaba que “realmente cualquier turco que vive aquí [...] trabaja, uno tiene un kiosco, el otro tiene su café internet, un restaurant, una tienda de abarrotes [...] no hay turcos aquí que no trabajen”. Las mismas marcas materiales que vinculan a figuras paradigmáticas de extranjeros con males sociales parecen representar, en otros lugares y momentos, la industriiosidad y la normatividad.

De este modo, hay un gesto interpretativo inherente al reconocimiento que incluye no sólo los marcadores de la diferencia, sino también señas

¹⁰ La noción de indexicalidad icónica se refiere a la manera en que características particulares (índices) de un grupo; por ejemplo, características lingüísticas o culturales, se vuelven sus representaciones icónicas, “como si ellas desplegaran de alguna manera la naturaleza o esencia inherente de un grupo social” (Irvine y Gal, 2000: 37).

contextuales que definen los términos del encuentro. La alteridad encarnada emerge como totalmente situada en una frágil constitución recíproca de signos y escenario, identidades y fronteras. Étienne Balibar argumenta que las fronteras constituyen las identidades al imponer una definición forzada sobre ellas (Balibar, 2002: 76). Pero al mismo tiempo insiste en la ambigüedad inherente de las fronteras. Por consiguiente, de acuerdo con Balibar, aquello que traza los contornos de la identidad permanece siempre indeterminado. Dado que la significación de la alteridad depende de la interpretación de señas contextuales, la ambigüedad de los márgenes y la indeterminación de las identidades no pueden sino ir de la mano. De este modo, la constitución misma de la identidad siempre incorpora una ambivalencia inherente.

Hasta aquí bien. En Neukölln, nos dicen, los turcos son criminales ociosos, mientras que en Schöneeweide son ciudadanos muy trabajadores y los inmigrantes que merodean después de las horas de trabajo no pueden estar en busca de nada bueno. Sin embargo, ¿qué pasa cuando la alteridad aparece en los márgenes ambiguos o en lugares donde no se supone que deba estar? La supeditación de la alteridad al entorno implica que su significación podría ser imposible bajo ciertas circunstancias: el significante (la alteridad somáticamente perceptible) podría fallar al unirlo al significado (o noción estereotipada) y permanecer totalmente indescifrable. La alteridad, para parafrasear la definición de *suciedad* de Mary Douglas (2002), puede aparecer simplemente “fuera de lugar”, como por ejemplo afuera de un estadio de fútbol de un equipo local de tercera división con reputación de tener una base de ultras de extrema derecha, donde Elsa, otros y yo deambulábamos antes de un partido. Mientras sus amigos conversaban, Elsa reparó en un grupo cercano de hombres que platicaban audiblemente en turco. Me sentí cautivado por su mirar callado y persistente, sus ojos abiertos de par en par y su mirada de incredulidad “¿Qué fue eso?” fue literalmente todo lo que Elsa pudo enunciar, en voz alta y con aflicción estupefacta, después de que se fueron. Para Elsa no había nada escandaloso acerca de la presencia de extranjeros en sus rutinas diarias: estaban simplemente ahí como objetos de su aversión. Pero en esta esquina oriental de la ciudad, fuera de un estadio y rodeada de *skinheads*, los fans turcos la impactaron como flagrantemente ilegibles.

Hablando de inmigración

Frente a este estar fuera de lugar, el asombro angustiado de Elsa imitaba las formas generales de encuentro con la otredad en Alemania, y más amplia-

mente con Europa. Como signos materiales de la alteridad religiosa étnica, las mezquitas parecen entrar al campo perceptivo de la población en general como fuera de lugar. Con alrededor de 120 mezquitas dando servicio a una población de más de 200 000 musulmanes en Berlín (Rohde, 2006), en 2006 comenzó la construcción de la primera mezquita en el oriente de la ciudad. Los planes desataron protestas generalizadas en las que los extremistas de derecha, quienes demandaban la deportación inmediata de todos los “extranjeros”, se mezclaban con conservadores centristas preocupados por parecer respetables (Strauss, 2006). De acuerdo con el periódico *Die Welt*, el líder de las protestas se autoelogió como un dechado de tolerancia en lo que respecta a su hija lesbiana o a sus vecinos nigerianos pero “pensó que debía ser una broma cuando leyó [...] en el periódico que una mezquita sería construida en su barrio porque ‘ningún musulmán jamás ha vivido’ en ‘su parte de la ciudad’” (Peter, 2007).

Para él, como para muchos otros, la lucha se centraba no en la presencia de la alteridad religiosa en la ciudad en general, mucho menos en Alemania o Europa, sino en su percepción de que ésta estaba fuera de lugar en su propio distrito; un signo ilegible dentro de su paisaje local que detonaba escepticismo incrédulo y acentuaba las preocupaciones. La ley Shari’a, los matrimonios arreglados y las mujeres obligadas a usar burkas eran citados como posibles escenarios en el futuro inminente del barrio. Encontramos descripciones análogas en los debates acerca de la práctica de cubrir su cabeza por parte de las mujeres musulmanas como algo “fuera de lugar” en las escuelas o en las oficinas públicas (Walzer, 1997).

Por consiguiente, la expresión de Elsa: “¿qué fue eso?”, refleja la posición fundamental que la inmigración ha venido a ocupar en la política contemporánea Europea, permeando los debates acerca del bienestar social, la prognosis demográfica, la criminalidad y la aplicación de la ley, las políticas laborales, las reformas educativas, las asignaciones presupuestales o el futuro de la UE. Está claro que por mucho tiempo los inmigrantes han representado las aberraciones paradigmáticas del poder del Estado moderno en Europa (Sassen, 1999). Sin embargo, los discursos europeos acerca de la otredad han cambiado drásticamente para centrarse de manera casi exclusiva sobre las comunidades musulmanas, mientras que se va domesticando una variedad de otras alteridades (Bunzl, 2005).

En Alemania, como en otras partes, la retórica de la (anti)inmigración ha permeado las expresiones políticas de las corrientes principales (Karapın, 1998). En la actualidad los jóvenes de extrema derecha ponen en práctica discursos que circulan ampliamente, mismos que pasaron a primer plano, de manera enfática, en los acalorados debates acerca de la inmigración y

las políticas de asilo durante la década de 1990¹¹ (Halfman, 1997). Independientemente de sus resultados legislativos o de política pública, estos debates propagaron tropos discursivos que se han filtrado como citas a la política situada de los extremistas de derecha. El vocabulario mismo de estos debates ya señalaba las dificultades de incorporar al otro, que ha persistido como una diferencia léxica.¹²

El partido de centro derecha CDU/CSU ha instrumentado especialmente la cuestión de la entrada de Turquía a la UE en las recientes campañas electorales. En 2004, Angela Merkel, por entonces una líder de la oposición, propuso una petición popular contra la membresía de Turquía. La idea fue descartada rápidamente y sin aspavientos, recibiendo embarazosamente el más entusiasta apoyo de parte de los partidos de extrema derecha DVU y NPD, que subsecuentemente pusieron en práctica la visión de Merkel. Cuando Karl expuso sus objeciones a la membresía de Turquía en la UE, citaba deliberaciones públicas mucho más amplias y más articuladas que la cruda retórica de los límites de la extrema derecha radical. Sin embargo, no era el futuro europeo lo que estaba en juego para él y sus pares, sino el presente tangible de sus vidas diarias.

El tropo de “extranjeros criminales” ha reverberado igualmente a través de las representaciones de los medios de comunicación y las expresiones políticas de la corriente principal (Jäger *et al.*, 1998). De forma paradigmática, la reciente campaña de reelección del gobernador de la CDU del estado de Hessen, Roland Koch, se centraba en el crimen juvenil de los inmigrantes y planteaba soluciones con mayor mano dura. Independientemente de sus resultados políticos, el amplio debate público detonado por esta campaña autorizó al tropo de “la criminalidad de parte de los ‘extranjeros’ a través de la escandalización incesante” (por ejemplo, Thorer, Rickmann y Sievert, 2008; Sievert y Bittner, 2008).

De igual forma, la inmigración ha saturado los debates públicos a través de los tropos del trabajo (y el desempleo) o de las preocupaciones demográficas. Ambos temas convergieron maravillosamente en el eslogan de campaña del candidato de la CDU, Jürgen Rüttgers, “*Kinder statt Inder*” (“niños en lugar de indios”) durante las elecciones estatales del año 2000 en Rhein-Westphalia del Norte, mismo que fue inmediatamente retomado por el

¹¹ El “compromiso del asilo” de 1993 constituyó el aval oficial para la narrativa de indulgencia exagerada hacia los refugiados. El resto de la década fue testigo de conflictos intensos acerca de las reformas a las leyes de ciudadanía de la era del Kaiser y a las leyes de la era nacionalsocialista sobre los extranjeros (Senders, 1996).

¹² Por ejemplo, como “extranjeros con pasaporte Alemán” (*Ausländer mit deutschen Pass*), o más colegialmente “co-ciudadanos” (*Mitbürger*).

partido republicano de extrema derecha. En la izquierda, el líder del partido WASG, Oskar Lafontaine, comentó acerca de los “trabajadores extranjeros” (*Fremdarbeiter*, una frase que conlleva asociaciones nacionalsocialistas) que amenazan los trabajos de los alemanes.

El valor electoral de dichas estrategias discursivas es cuestionable, pero sus contornos, como lo hemos visto, resurgen repetidamente en el discurso de los jóvenes de extrema derecha. Este darwinismo social da forma a la experiencia de un cotidiano urbano heterogéneo. En esto, sin embargo, ellos se basan no solamente en la línea del conservadurismo xenofóbico, sino también en la política de la Tercera Vía, que busca importar mano de obra especializada mientras acelera la exportación de refugiados deportados, y que abandona y envilece a los marginados sociales.

Las estrategias discursivas arriba mencionadas reflejan también la preponderante culturalización del racismo. En el encuentro, tardío y complicado, de Alemania con su heterogeneidad, la diferencia ha sido subordinada a la noción fundamental de una “cultura dominante” alemana (*Leitkultur*), entendida como la infraestructura desde la cual las ornamentaciones podrían ser toleradas (cf. Borneman, 2002). A su vez, la aparición, en la Europa de hoy, del islam como una alteridad civilizacional inconmensurable (Asad, 2003), hace eco no sólo de los extremistas de derecha marginados socialmente, sino también de los argumentos de las élites universitarias norteamericanas, como lo ilustra el trabajo de Samuel Huntington (1997). Resultan relevantes también los más recientes miedos de Huntington acerca de la amenaza de los hispanos a la cultura protestante anglosajona estadounidense, y en particular sobre la diversificación de la práctica lingüística (2004). Para Huntington, los hispanos plantean un problema no tanto porque su aislamiento cultural impida la integración y promueva la marginalización, sino más bien porque, desde su perspectiva, su otredad lingüística les concede un acceso privilegiado a los recursos, una preocupación expresada por Ole y Uta, pero igualmente en las deliberaciones parlamentarias sobre multilingüismo, según yo fui testigo durante un periodo de prácticas en el Bundestag.

Conclusiones

Mi argumento en este artículo ha sido que los debates públicos acerca de la inmigración se filtran no solamente hacia las expresiones de la derecha extrema, sino hacia las mismísimas maneras en que los extremistas de derecha perciben e interpretan un panorama de alteridad en sus hábitos diarios. Al ser el eje fundamental en torno al cual las sociedades europeas

formulan y ponen en práctica sus diferencias, los discursos acerca de la inmigración delinean contornos que organizan la imaginación de las fronteras y los paisajes, y que estructuran tanto el lugar como el “fuera de lugar” de la alteridad en contextos locales situados. Entre los extremistas de derecha con quienes trabajé, los debates políticos más sobresalientes acerca de la inmigración permean su experiencia cotidiana de la heterogeneidad urbana en el capitalismo tardío. Las visiones políticas intolerantes a las que estos debates dan pie, mas allá de lo que afirmarían los extremistas de derecha, no giran en torno a los postulados abstractos de la identidad. La política de estos últimos, si bien está equivocada, se halla localmente situada de manera firme. Es la política como una representación siniestra, pero al fin y al cabo una representación de la cotidianidad, en la que encuentran los contornos emergentes de las geografías etnicizadas. Es, por lo tanto, la política como un sentido paranoico de los lugares y los paisajes en donde la extrañeza se sedimenta e invade lo conocido.

Los partidos políticos de derecha extrema y los ideólogos pueden elaborar plataformas categóricas y visiones inflexibles, pero los medios sociales a los cuales atraen y de los cuales dependen de manera significativa, viven plenamente las contradicciones sísmicas del capitalismo tardío en la negociación diaria de sus mundos inmediatos y materiales. Por lo tanto, las visiones analíticas buscarían en vano una solución práctica a estas contradicciones en los hábitos de los extremistas de derecha o, más aún, una coherencia conceptual para su política insidiosa.

De regreso a lo sucedido en La pequeña Estambul, tal vez no fuera gratuito que Sebastián despotricara contra los “extranjeros”, mientras que alababa la cerveza en su lugar favorito, un restaurante turco. Él y sus amigos expresan no un programa de partido, sino más bien una variedad de combinaciones de idiomas que circulan ampliamente. Al mismo tiempo, éstas abren un espacio de ambigüedad que permite modos precarios de (co)existencia. En este sentido, el enfoque etnográfico en la experiencia emplazada cuestiona las distinciones analíticas en el estudio del extremismo de derecha, no solamente al registrar las circulaciones interdiscursivas entre “la corriente principal” y “el extremo”, sino también al iluminar el desarrollo incrustado localmente de la política ultranacionalista en la Europa de hoy.

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/Deleg. Tlalpan/C.P.
10740/México, D.F./correo electrónico: shoshan@colmex.mx

Bibliografía

- Alonso, A. M. (1994), "The Politics of Space, Time, and Substance: State Formation, Nationalism, and Ethnicity", *Annual Review of Anthropology*, núm. 23, pp. 379-405.
- Appadurai, A. (1998), "Dead Certainty: Ethnic Violence in the Age of Globalization", *Public Culture*, vol. 10, núm. 2, pp. 225-247.
- Asad, T. (2003), "Muslims as a 'Religious Minority' in Europe", en T. Asad, *Formations of the Secular: Christianity, Islam, Modernity*, Stanford, Stanford University Press, pp. 159-180.
- Bakhtin, M. M. (1998), "Forms of Time and of the Chronotope in the Novel", en M. Holquist (ed.), *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, University of Texas Press, pp. 84-258.
- Balibar, É. (2002), "What is a Border?", en E. Laclau y C. Mouffé (eds.), *Politics and the other Scene*, Nueva York, Verso, pp. 75-86.
- Borneman, J. (2002), "Multikulti or Schweinerei in the Year 2000", *German Politics and Society*, vol. 20, núm. 2, pp. 93-114.
- Brodkorb, M. y T. Schmidt (2002), *Gibt es einen modernen Rechtsextremismus*, Schwerin, Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Brubaker, R. y D. D. Laitin (1998), "Ethnic and Nationalist Violence", *Annual Review of Sociology*, núm. 24, pp. 423-452.
- Bunzl, M. (2005), "Between Anti-Semitism and Islamophobia: Some Thoughts on the New Europe", *American Ethnologist*, vol. 32, núm. 4, pp. 499-508.
- Butterwegge, C. y L. Meier (2002), *Rechtsextremismus*, Freiburg, Herder.
- Calhoun, C. (2007), "Nationalism and Cultures of Democracy", *Public Culture*, vol. 19, núm. 1, pp. 151-173.
- Comaroff, J. y J. L. Comaroff (2001), "Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming", en J. Comaroff y J. L. Comaroff (eds.), *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*, Durham, Duke University Press, pp. 1-56.
- De Certeau, M. (1984), "Spatial Stories", en M. de Certeau, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, pp. 115-131.
- Douglas, M. (2002), *Purity and Danger: an Analysis of Concept of Pollution and Taboo*, Nueva York, Routledge.
- Fanon, F. (1967), *Black Skin, White Masks*, Nueva York, Grove Press.
- Feldman, A. (1991), *Formations of Violence: the Narrative of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago, University of Chicago Press.
- Friedman, J. (2003), "Globalization, Dis-Intergration, Re-Organization: the Transformations of Violence", en J. Friedman (ed.), *Globalization, the State, and Violence*, Walnut Creek, AltaMira Press, pp. 1-34.
- Hale, C. R. (2005), "Neoliberal Multiculturalism: the Remaking of Cultural Rights and Racial Dominance in Central America", *Political and Legal Anthropology Review*, vol. 28, núm. 1, pp. 10-19.
- Halfman, J. (1997), "Immigration and Citizenship in Germany: Contemporary Dilemma", *Political Studies*, núm. XLV, pp. 260-274.

- Hansen, T. B. (2002), *Wages of Violence: Naming and Identity in Postcolonial Bombay*, Princeton, Princeton University Press.
- Harvey, D. (2001), *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York, Routledge.
- Holmes, D. R. (2000), *Integral Europe: Fast-Capitalism, Multiculturalism, Neofascism*, Princeton, Princeton University Press.
- Huntington, S. P. (2004), *Who Are We? The Challenges to America's Identity*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Huntington, S. P. (1997), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Touchstone.
- Irvine, J. T. y S. Gal (2000), "Language Ideology and Linguistic Differentiation", en P. V. Kroskirty (ed.), *Regimes of Language: Ideologies, Politics, and Identities*, Santa Fe, J. Currey, pp. 35-83.
- Jäger, M., G. Cleve, I. Ruth y S. Jäger (eds.) (1998), *Von deutschen Einzelältern und ausländischen Banden*, Duisburg, DISS.
- Karapın, R. (1998), "Explaining Far-Right Electoral Successes in Germany", *German Politics and Society*, vol. 16, núm. 3, pp. 24-61.
- Low, S. M. (1996), "The Anthropology of Cities: Imagining and Theorizing the City", *Annual Review of Anthropology*, núm. 25, pp. 383-409.
- Parmentier, R. J. (1994), "Peirce Divested for Nonintimates", en R. J. Parmentier, *Signs in Society: Studies in Semiotic Anthropology*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 3-22.
- Peirce, C. S. (1960), *Collected Papers*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press.
- Peter, F. (2007), "Moschee-Streit in Berlin", *Die Welt*, en URL: <http://goo.gl/7PqlaM>, fecha de consulta julio de 2007.
- Pred, A. R. (2000), *Even in Sweden: Racisms, Racialized Spaces, and the Popular Geographical Imagination*, Berkeley, University of California Press.
- Rohde, H. (2006), "Erster Moscheebau in Ost-Berlin erhitzt die Gemüter", *Der Tagesspiegel*, en URL: <http://goo.gl/iGwgCj>, fecha de consulta abril de 2006.
- Röpke, A. y A. Speit (eds.) (2004), *Braune Kameradschaften: Die neuen Netzwerke der militanten Neonazis*, Berlin, Ch. Links.
- Sassen, S. (1999), *Guests and Aliens*, Nueva York, New Press.
- Schröder, B. (2001), *Nazis sind Pop*, Berlín, Espresso.
- Schubarth, W. y R. Stöss (2001), *Rechtsextremismus in der Bundesrepublik Deutschland: eine Bilanz*, Opladen, Leske y Buderich.
- Senders, S. (1996), "Laws of Belonging: Legal Dimensions of National Inclusion in Germany", *New German Critique*, núm. 67, invierno, pp. 147-176.
- Shoshan, N. (2008), "From SS to Stasi and Back Again? Osis, Wessis, and Right-extremists in Contemporary Germany", en A. Sakalauskaite y D. Backman (eds.), *Ossi/Wessi*, Londres, Cambridge Scholars Press.
- Sievert, A. y M. Bittner (2008), "Wenn es Nacht wird, explodiert die Gewalt", *Bild*, en URL: <http://goo.gl/iCAGHj>, fecha de consulta enero de 2008.
- Silverstein, M. (1997), "The Improvisational Performance of Culture in Realtime

- Discursive Practice”, en R. K. Sawyer (ed.), *Creativity in Performance*, Greenwich, Ablex, pp. 265-291.
- Silverstein, M. y G. Urban (eds.) (1996), *Natural Histories of Discourse*, Chicago, University of Chicago Press.
- Staud, T. (2005), *Moderne Nazis: Die neuen Rechten und der Aufstieg der NPD*, Köln, Kiepenheuer & Witsch.
- Strauss, S. (2006), “CDU-Kreischef äußert sich in rechter Zeitung”, *Berliner Zeitung Online*, en URL: <http://goo.gl/hTOBtO>, fecha de consulta septiembre de 2006.
- Tambiah, S. J. (1996), *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*, Berkeley, University of California Press.
- Thorer, T., A. Rickmann y A. Sievert (2008), “Jeder 5. Schüler wurde schon Opfer von Gewalt”, *Bild*, en URL: <http://goo.gl/35q9k6>, fecha de consulta enero de 2008.
- Walzer, M. (1997), *On Toleration*, New Haven, Yale University Press.

Acerca del autor

Nitzan Shoshan es doctor en antropología sociocultural por la Universidad de Chicago. De 2008 a 2010 trabajó como profesor asistente en la División de Ciencias Sociales y como postdoctorante en la Society of Fellows de la Universidad de Chicago. Actualmente es profesor investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Sus líneas de investigación incluyen Estado nación, nacionalismo y neoliberalismo; memoria y temporalidad; etnografía urbana y teoría semiótica. Sus publicaciones recientes incluyen “Time at a Standstill: Loss, Accumulation, and the Past Conditional in an East Berlin Neighborhood”, *Ethnos*, vol. 77, núm. 1, 2012, pp. 24-49; además de, con Andrea Muehlebach, “Post-Fordist Affect: Introduction”, *Anthropological Quarterly*, vol. 85, núm. 2, 2012, pp. 317-344.